

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXXI - Noviembre-Diciembre de 1954 - Núm. 353-354

Enrique Molina

Presencia de Luis Durand



El fallecimiento de Luis Durand ha sumido en duelo a las letras chilenas y americanas. El desaparecimiento del gran cuentista y novelista ha afectado muy especialmente a la Universidad de Concepción, a la cabeza de cuya revista «Atenea» estuvo largos años después que la dirigiera el fino e inolvidable Domingo Melfi. Como éste, supo Durand mantenerla siempre con serenidad y ecuanimidad, no perdiendo nunca de vista, conforme a los ideales del Consejo Universitario, que la finalidad y misión de una revista de la calidad de «Atenea» ha de ser el cultivo y fomento de los altos valores del espíritu. Oportunidades sobran para que en este mundo revuelto y desorientado estallen las disonancias, discrepancias y luchas de los hombres. Tratemos de ofrecerles mansiones en que los problemas que conturban a la humanidad se presenten en líneas de especulación desinteresada, buscando la alta y pura verdad y, si es posible, dentro de contornos de belleza. Como sacer-

dote de estas mansiones actuó en sí Durand y sirvió a la Universidad de Concepción. Lo cual no obstaba para que a la vez fuera en su vivir algo rabelaisiano y sensual. Es que era profundamente humano y no se puede serlo sin sus toques de debilidad.

Demasiado pronto nos dejó el querido amigo; su inteligencia se mantenía en todo su vigor, y óptimos frutos podían esperarse de ella y de los tesoros de nobles sentimientos que encerraba su gran corazón.

Estas potencias de su espíritu las consagró Durand a cantar la tierra y el pueblo chilenos. Encontraba inspiración en las bellezas de cada rincón de nuestro país y fué un intérprete sagaz y simpatizante del alma popular. Sus obras, cuentos, novelas y ensayos como «Presencia de Chile» son un monumento formado con trozos del corazón de nuestra tierra y su gente, que él supo reproducir con sencillez y sin falsas retóricas, con intuición y amor. El alma de Chile, reparando injustificados olvidos, conservará su recuerdo también con amor, como el de un hijo esclarecido y predilecto.

Entre sus libros de cuentos cabría disensión sobre a cuál correspondería la palma de la superioridad. Pero entre sus novelas, todas celebradas, con razón, figura *Frontera* como primera y principal. *Frontera* es la viva pintura de una época y de una región de Chile, rebotante de rica savia popular y fuente de inspiración para los historiadores. Debe lucir asimismo con justicia entre las grandes novelas de América.

Todos los libros de Durand han sido siempre elogiados. Después de su muerte los elogios han redoblado. No sé por qué me ha parecido que más de alguna de estas alabanzas y homenajes póstumos, siempre justos en sí por lo demás, han provenido de la busca de tranquilidad de alguna conciencia por injusticias, incomprendiones y postergaciones cometidas antes con el autor.

Mi primer contacto con Durand fué literario. Uno de sus cuentos —no sabría decir ahora si del volumen de «Campesinos», «Cielos del Sur» u otro— me sedujo en tal forma que llamé la atención sobre él al jurado del premio literario de «Atenea» y se le otorgó sin dificultad el premio correspondiente. Esto debe haber ocurrido allá por 1930. Después fué tejiéndose entre nosotros una amistad cada vez más estrecha. A la pérdida del escritor se ha unido de este modo para mí la del colaborador amigo, de un amigo leal, bueno y sin dobleces. El gordito, como lo llamábamos en confianza, era querendón, nada poseur, buscador ante todo en las personas de lo que más vale en la vida, las flores del cariño, y cuando encontraba esto abría y daba su pecho con una dulce bonhomía, sin reservas. Así lo llevamos en el alma aún dolorida.